

plo de sus antepasados, á no sondear muy profundamente la fidelidad de sus bajás, contentábase con el zelo que afectaba Ibrahim para servirle, disponiendo de sus tesoros y ejércitos en todas las crisis de su reinado. Acercábase la hora en que el sultan Mahmoud debia recojer el fruto de esta política, sirviéndose del vencedor de los árabes contra los griegos.

## LIBRO TRIGÉSIMO OCTAVO

## I

Hay misterios en moral como los hay en religion. El derecho de insurreccion de un pueblo contra los usurpadores antiguos ó recientes de su territorio y de su nacionalidad es uno de estos misterios. ¿En qué dia es un crimen? ¿En qué dia es una virtud? ¿Hay prescripcion del tiempo contra la libertad? ¿Hay desuso del derecho de existir ó de revivir? La conciencia y la religion sellan acaso para siempre jamás la piedra del sepulcro sobre una raza viva todavía ó

que ha sido resucitada? ¿La servidumbre eterna es un deber? ¿La conquista odiosa en un principio, es acaso legítima y sagrada al fin? ¿Los patriotas que se arman contra los conquistadores son rebeldes ó héroes? ¿Debe la conciencia condenarlos ó absolverlos?

Hé aquí algunas preguntas misteriosas á las cuales responderán siempre contradictoriamente opresores y oprimidos. Verdad es que el cristianismo con su palabra, *Demos á César, etc.*, resuelve la cuestion con la eterna obediencia á la fuerza, sea ó no legal; pero el cristianismo, en sus pensamientos sobrenaturales, se referia al mundo invisible y de ninguna manera al mundo político; la tierra no existia mas que para ser despreciada y hollada como vil materia, rebelde al espíritu; daba el globo á quien queria tomarle, y para él no habia mas que hijos de Dios, que si bien respiraban en la tierra, vivian por anticipacion en el cielo; despreciaba á tal punto la materia y el cuerpo, que no veia ninguna legislacion política.

Sin embargo, cuando le mandaba César que le subordinase su conciencia y aceptase el culto de los conquistadores, el cristianismo, rebelde tambien con César, se negaba á obedecerle y moria por su libertad. Si bien desaprobaba la insurreccion de los brazos, aprobaba la insurreccion de las almas, colo-

cando así sus propias manos, por muy resignadas que fuesen, un dique á la tiranía, y cuando esta atentaba á la conciencia, sublevábase y proclamaba la independencia de la muerte.

Mas ¿quien puede asegurar que la posesion de un pueblo por otro no coharta nunca los derechos sagrados del pensamiéto, del alma y de la conciencia del pueblo poseido? Por eso la política no admitió nunca teórica ni prácticamente el axioma servil sobre el derecho de resistencia á la conquista ó sobre el derecho de resurreccion de los pueblos. La naturaleza humana ha protestado en todos los siglos contra este axioma, y el cristianismo, reconociendo el derecho natural ha bendecido lo que parecia haber condenado. Dejando á Dios juzgar la criminalidad ó santidad de las tentativas hechas oportuna ó inoportunamente por los patriotas para asegurar la libertad de su país, ha juzgado el derecho ó crimen de insurreccion por las circunstancias y la moral y no por los casuistas. Inesplicable é inesplicado ha sido relegado con razon á la lista de los misterios, y en ella le dejamos tambien nosotros.

## II

En el curso de esta historia hemos visto que los griegos, antiguos poseedores de la Morea, archipiélago, Constantinopla y el litoral del Asia-Menor, no pudiendo defender su imperio corroido por los vicios y vetusto estado, habian sido vencidos y ayasallados por los otomanos.

Desposeidos por los conquistadores del derecho político, no lo habian sido de lo que constituye esencialmente la existencia de un pueblo, la religion, la nacionalidad, la propiedad; no eran soberanos ni ciudadanos turcos, pero sí eran hombres pueblo y ciudadanos griegos. Sometidos en sus ciudades, pueblos é islas, á los procónsules otomanos para todo lo que concierne la vida política, gozaban respecto de la vida civil de todo lo que constituye el derecho comun de los pueblos civilizados. Poseian sus templos, su clero, sus patriarcas, sus magistrados locales libremente elejidos, sus navíos, su comercio, sus privilegios de cristianos ó de griegos, garantidos por las protecciones officiosas de las na-

ciones extranjeras á quien la Puerta habia concedido este patronato sobre esta parte de sus vasallos.

No obstante las violaciones y humillaciones que les hacia sufrir de vez en cuando la iniquidad de algunos bajás, merced á su número, á su riqueza, al crédito que tenian en Constantinopla con el divan, á su comercio que era casi único en todo el imperio, á su aptitud nacional para la navegacion, á la exencion de quintas y esclavitud, eran considerados, en casi toda la superficie de la Turquía, como iguales á sus amos y muchas veces como sus mismos amos. El divan escogia muchos príncipes de su raza para gobernar la Transilvania, la Servia, la Valaquia, la Moldavia, las islas, y á tal punto disponian de su diplomacia que los intérpretes griegos de la Puerta eran los verdaderos ministros de negocios extranjeros de los turcos. Los palacios del Bósforo atestiguan su opulencia; eran respecto á los turcos lo que los esclavos libres respecto á los ciudadanos romanos, la segunda capa del suelo del imperio.

El genio natural, privilegio de raza, que ninguna raza humana igualó nunca, su actividad, agilidad, insinuacion, intriga, su misma astucia, ese genio de la esclavitud, su rigidéz para los empleos y el lucro, su complaciente servilidad con los visires y bajás cuyo favor explotaban y cuyos tesoros compartian,

en fin su educacion mas letrada y europea que la de los turcos, hacian de los griegos la aristocracia intelectual de todas las poblaciones del imperio. Tan numerosos casi y mucho mas opulentos que sus amos, cubrian con once millones de almas la superficie del Asia occidental, del Archipiélago, del Peloponeso y de las otras provincias de la Europa otomana.

La larga compresion del dominio de los conquistadores habia doblado, pero no roto, el resorte siempre subsistente de su nacionalidad. Una raza, una dccion, una religion, una lengua comunes revelaban su espíritu de familia que podia trasformarse fácilmente en espíritu de independencia. La ocasion y hábito de las armas eran las únicas cosas que les faltaban para recobrar su nombre y sus leyes.

No solo habian conservado su territorio sino aumentádole, despues de la conquista, con numerosas colonias griegas á las inmediaciones del mar Negro, en Macedonia, Bulgaria, en el interior de las tierras del Asia Menor y en Siria. Desde Trebisonda hasta Jaffa á las puertas de Egipto, y desde las islas venecias de Jonia hasta el monte Athos, formaban los griegos casi la mas numerosa y activa parte de poblacion de las ciudades y aldeas. Aun en los puntos en que servian en apariencia como vasallos de los turcos, reinaban por su inteligencia. Si hubieran si-

do tan belicosos como civilizados, hace mucho tiempo que hubieran conquistado su soberanía política; mas el Archipiélago y el Peloponeso eran los únicos que podian dar soldados á la libertad. Solo en medio del robo en las montañas de la Morea y de la piratería en las costas é islas, se conservaba el espíritu militar entre los cleftos y marineros de aquellas comarcas. En todas partes existia el genio griego, allí solo el heroismo griego.

El número de aquellas poblaciones, belicosas por naturaleza y hábito, no igualaba á su valor. Eran bandas de hombres mas bien que un pueblo, si bien aquellas simples bandas tenian el alma de una nacion. Los soberanos de una conquista que jamás fué completamente aceptada, el recuerdo constante siempre de tres insurrecciones mal reprimidas, la vecindad de la Europa occidental cuyas ideas soplaban de cerca en sus almas, la esperanza de ser sostenidos por Rusia, los agentes de los Orlof que todavía existian en las montañas que habian agitado en 1790 las llamas del incendio de Tcherné, las predicaciones de su clero que los recomendaba como hermanos á los rusos, en fin el liberalismo de Inglaterra, Francia, España, Italia, que resuscitaba con revoluciones ó instituciones populares en todas partes sobre las ruinas del despotismo de Napoleon,

sacudían en la misma Grecia las almas impacientes de libertad.

Si el emperador Alejandro, que despues de la invasion de Francia en 1814, fué el Agamenon de los reyes de Europa, hubiera tenido la perfidia de Catalina II, la Grecia, con solo haberla provocado ó alentado, se hubiera sublevado inmediatamente contra Mahmoud. Mas es preciso confesar que Alejandro se negaba con la mayor obstinacion, no solo á provocar sino ni siquiera á tolerar la sublevacion de los griegos contra el sultan. Verdad es que además de su incontestable probidad, su misma política se oponia á las solicitudes de los griegos.

La Europa occidental habia tenido dos movimientos distintos despues de la caida de Napoleon : uno de respiracion liberal, que habia producido servidumbre, tronos constitucionales y pueblos libres; otro de democracia radical que se servia de la libertad representativa y de la libertad de la prensa para conspirar nuevas revoluciones. Nápoles, Roma, el Piamonte, España, Inglaterra, Rusia, la misma Francia, á quien apenas levantaba de sus ruinas la mano de la Restauracion, se agitaban y amenazaban derrocar todos los tronos y romper todos los tratados, para abusar de las libertades monárquicas ántes de haberlas gustado.

Los soberanos amenazados se concertaban, levantaban ejércitos é ilustrábanse en los congresos de Troppau y Leybach para salvar á los reyes, los cuales consideraban como solidaria la causa de todas las monarquías. Suscitar una insurreccion en Grecia contra el sultan que si no era amo legitimo, cuando ménos era conquistador legitimo de sus vasallos griegos, abrir ese volcan liberal en el Peloponeso con la misma mano que trataba de cerrarle en Occidente, le parecia á Alejandro no solo un contrasentido, sino un verdadero crimen. Nunca desatendió este príncipe los escrúpulos de la conciencia; desmembrando el imperio otomano, hubiera sin duda alguna debilitado á Mahmoud, es decir á un vecino con frecuencia enemigo, pero la revolucion griega debilitaba su causa de soberano de un gran imperio y la causa de la legitimidad de los tronos, que tan sinceramente queria hacer una religion política en Europa.

Así pues rechazó con inflexible conciencia todas las insinuaciones que los griegos de su intimidad le dirigieron, para inclinarle á una revolucion griega.

Esperando para su imperio las mercedes futuras de una fortuna desconocida, no queria deber nada á una deslealtad para con el sultan. Mas si bien era el czar de sus ejércitos, no era el czar de la opinion, y

esta resolvió violentar sus escrúpulos, cambiando sus solicitudes en una conjuración.

Comenzó la conjuración griega en Rusia, sin que tuviera la menor noticia de ello el emperador, siendo engendrada por el liberalismo europeo en los ejércitos de Alejandro, no en las montañas de Olimpo. En su patriotismo había una venganza filial, pues el príncipe Ypsilanti, su primer jefe, era hijo del Ypsilanti á quien mandó decapitar Selim III, por haber correspondido con el hospodar de Valaquia, hermano suyo, á quien se suponía en connivencia con los rusos. Ya hemos referido esta conspiración de un proscrito por un pueblo y de un pueblo por su libertad.

### III

Al dejar Ypsilanti, en 1800, á Viena y al ejército ruso, citó á los heteristas, dando la señal de insurrección en Moldavia y Valaquia. El hospodar de esta última provincia, Alejandro Soutzo, príncipe griego del Fanar, que la gobernaba en nombre de los turcos, dejó que los emisarios de Ypsilanti corrompiesen las

tropas arnautas que estaban destinadas á mantener la independencia del sultán en los principados. Poderoso por los tesoros que había reunido durante dos años de gobierno, siendo él mismo griego y temiendo la venganza del diván si volvía á Constantinopla, ó el odio de su raza si la combatía, cerró los ojos sobre las maniobras de los heteristas, disponiéndose á retirarse á Europa después de salvar sus riquezas. Los arnautas prestaron juramento á Ypsilanti, tomando este el título de representante de la nación griega, organizó sin oposición un ejército de sublevados en un campamento de las inmediaciones de Jassy, capital de la Moldavia. Sus emisarios recorrieron desde allí la Valaquia, la Moldavia, la Servia, el Epiro y las provincias cristianas de la Morea, y reclutaron millones de hombres para la libertad.

### IV

La situación del imperio otomano, desde principios del siglo, y la del Peloponeso en particular, ofrecían las mayores probabilidades para conseguir la emancipación de las poblaciones cristianas y el desmem-

bramiento del islamismo. Los genízaros que en otro tiempo eran el mejor sosten de la monarquía, habian degenerado en valor y disciplina. Incapaces de defender el imperio al exterior contra las potencias rusa y austriaca, no eran buenos ya sino para agitar el interior con sediciones militares que destronaban, elevaban ó degollaban á los sultanes segun convenia á sus intereses ó caprichos

Despues de la muerte trágica del virtuoso y desventurado Selim, que por dos veces fué víctima de insurreccion, el jóven sultan Mahmoud era mas bien un cautivo suyo que soberano. Testigo este príncipe desde la cuna de su insolencia y crímenes, meditaba secretamente su esterminio; pero jóven, tímido, rodeado de los verdugos de su tio Selim, no contando aun ni con la fama personal, ni con el ascendiente sobre el pueblo; ni con los instrumentos de política y las fuerzas necesarias para su designio, se veia obligado á disimular su ódio despopularizando á los genízaros; ántes de atacarlos. Demasiado merecian el desafecto de los verdaderos otomanos por las anarquías, sediciones armadas, bajezas y derrotas que habian señalado las últimas guerras de Mahmoud con Austria y Rusia. La decadencia de aquella inmensa monarquía estaba escrita en cada nuevo tratado de paz, en los desmembramientos de plazas

fuertes y provincias, y en los límites cada dia mas estrechos que le asignaban las potencias vecinas.

## V

Además de estas humillaciones exteriores, el interior mismo del imperio estaba minado en el Epiro y la Morea por un nuevo Scanderbeg, descendiente de los mismos otomanos, Ali, bajá de Janina. Este hombre, uno de los caracteres mas heróicos y traviesos á la vez de los tiempos modernos, tocaba á la extrema vejez, sin que los años, combates, intrigas, crímenes ó placeres voluptuosos de su larga vida hubieran amortiguado su ambicion ó su audacia. Desde el fondo de un valle del Epiro y en medio de su serrallo, manejaba los hilos de mil diversas intrigas con otomanos ó cristianos, balanceando el poder de su amo y teniendo en jaque el imperio. Sabido es que la naturaleza del gobierno otomano, ejercido por jefes casi independientes del sultan sobre poblaciones cuyas leyes, religion y costumbres son distintas, no puede oponerse las mas veces á la existencia de esos grandes facciosos que emplean contra su so-

berano las fuerzas que de él recibieron , haciendo temblar el serrallo despues de haberle hecho triunfar. Si bien estas sublevaciones é independencias efimeras trastornan el imperio , no por eso le desmembran. La sedicion muere con el sedicioso ; nunca se here-dan esas sublevaciones, y lo que mas es , nunca pierden el respeto y deferencia á la sangre legitima y sagrada de Othman. Las provincias que momentáneamente se emancipan y los tesoros que los rebeldes acumulan , vuelven tarde ó temprano al serrallo. En Turquía, las facciones son vitalicias ; el imperio solo es eterno.

## VI

Alí-Bajá de Tebelen habia nacido en la pequeña ciudad del Epiro que le dió su nombre , de una familia de la raza albanesa, griega ó cristiana de origen, musulmana por hábito y tradicion , como la mayor parte de los albaneses. Su padre Vely-Beg , á quien sus codiciosos hermanos habian arrebatado la herencia de su casa , habia sentado plaza entre los cleftas, bandas permanentes de aventureros nómadas que,

semejantes á los condotieri de la edad media ó á los bandidos en Córcega , son indígenas en Albania , escuela de guerra, de pillage y heroismo , que forma indiferentemente bandidos ó héroes. De vuelta en Tebelen con un puñado de compañeros, Vely-Beg habia quemado á sus hermanos dentro de la casa que le habian disputado , y reconquistado su herencia en medio de las cenizas y cadáveres de su familia. Ilustrándose y haciéndose temer así , fué nombrado aga de Tebelen y se casó con la hija de un bey llamado Chamco , mujer célebre por su belleza salvaje y su varonil energía ; y que tenia , dicen , algunas gotas de la sangre de Scanderbeg. Alí y una hija llamada Chainitza , nacieron de esta madre , la cual les transmitió la energía , las pasiones y ferocidades de su raza.

Vely-Beg murió jóven. Chamco , en la flor de sus años y belleza todavía , resolvió conservar á sus hijos con el amor, las intrigas y las armas, el poder que su marido habia conquistado en Tebelen. Prescindiendo del pudor y vida retirada de las mujeres , vistió el traje de los guerreros , tomó las armas, montó á caballo, fanatizó con su valor, su hermosura y su amor, á los jefes de las altas montañas de la Albania, formando una banda de seides , y dando una batalla á su cabeza á los enemigos de su casa

que le disputaban Tebelen. Vencida, prisionera, y encadenada con sus hijos en la ciudad inmediata de Cardiki, sus seducciones y hermosura ablandaron á sus vencedores, siendo comprada por la generosidad de un griego, y volviendo á Tebelen donde se consagró exclusivamente á educar á su hijo, el jóven Ali, para la guerra, la intriga y la venganza. Apénas adolescente, dedicóse con sus compañeros á robar ganados y sorprender aldeas; su madre le estimulaba en aquellos preludios de ambicion, y viéndole un dia volver sin armas y sin despojos de una de las expediciones en la cual habia huido: « Cobarde, » dijole, presentándole una rueca, « ves á hilar con las mujeres; la rueca te conviene mas que las armas. »

## VII

Avergonzado así huyó Ali de la casa paterna, y registrando la tierra con su sable, encontró un tesoro en las ruinas de un antiguo castillo, con el cual reunió treinta palikares y saqueó la comarca. Sorpréndenle las tropas de Courd, baja de Albania, conduciéndole á Berat, residencia del mismo, para ser

ejecutado; mas su juventud y hermosura enternecieron á Courd, el cual le devolvió á su madre. Volvió pues á Tebelen, donde se casó con la hija del bajá de Delvino, Eminé, cuya alianza sirvió á la vez su amor y ambicion, pues siendo confidente de su suegro, decidíale á favorecer secretamente las primeras tentativas de la independenciam griega, fomentadas en 1790 por Rusia, y víctima de aquella política ambigua, el infortunado bajá de Delvino, padre de Eminé, fué ahorcado en Monastir por los turcos. Ali casó entónces á su hermana Chainitza con su sucesor el bajá de Argiro-Castro; pero humillándole la poca influencia que tenia con su cuñado, aconsejó á su hermana que envenenase á su marido para casarse con Soliman, hermano del bajá, á quien amaba. Niégase Chainitza á ejecutar aquel crimen, y Ali decide á Soliman á asesinar al bajá de un pistoletazo, entregándole despues su hermana sobre el cadáver de su marido.

Decidida la Puerta poco despues á castigar al nuevo bajá de Delvino, amigo y protector del jóven Ali, insinuase este cada vez mas en la confianza del bajá, convidale á comer, esconde algunos asesinos en un armario, y dejando caer como señal su taza de café encima del mármol del divan, deja inmolar á su amigo en su presencia, envia su cabeza á Constantinopla, y recibe en recompensa el gobierno de la Te-

salía con el título de bajá. Habíase enriquecido tanto con sus concusiones en el gobierno que compró por fin el título de bajá de Janina, uno de los valles del Epiro mas ricos y deliciosos.

## VIII

No solo continuó halagando á los griegos y afectando la mayor fé al cristianismo, fé que avivaba el culto de sus padres, sino que recurria á sus consejos, contemporizando con ellos y los otomanos, necesario á ambos partidos, y bebiendo secretamente con unos y otros á la salud de la Panagia ó de la Virgen. Su administracion, á la vez inteligente y ávida, le procuró tesoros inmensos que escondia en un palacio edificado encima de un escollo, en medio del lago de Janina; el cual no comunicaba con la ciudad mas que por una lengua de tierra.

Con su oro reclutaba tropas y conquistaba poco á poco los territorios vecinos, so pretexto de someter los rebeldes al sultan. En una de las expediciones que emprendió para vengar el cautiverio de su madre, venganza que habia jurado á Chamco, quemó á fuego lento, partiendo en mil pedazos con tenazas, á un

epirote que la habia ultrajado en su prision. Encontrando entónces mas ventajoso servir á los turcos que á los griegos, atacó á los suliotes, que habian sublevado las instigaciones de la Rusia, arrebatándoles su territorio. Treinta mil mahometanos, nada ménos, mandaba entónces el *Leon del Epiro*, segun todos le llamaban. Dueña de Corfú la república francesa, y enviándole embajadores y generales para estimular su orgullo é interesarle en la revolucion libertadora de los griegos del Adriático, Allí los recibia como verdadero político, entreteniéndolos con esperanzas y embriagándolos con delicias y placeres voluptuosos en Janina, *jardin de las hermosas mujeres*. Un dia permitia que resonasen en su palacio los cantos del griego Rhigas, el Tirteo moderno de su raza, y otro cambiaba súbitamente de tono y de amigos, marchando á la cabeza de veinte mil hombres contra Passavan-Oghli, bajá de Widdin, á quien la habilidad de Rhigas habia decidido á declararse en favor de los griegos. De vuelta en Janina, mandaba prender al general francés Rose, á quien él mismo habia casado con la jóven mas hermosa del Epiro, enviándole cargado de cadenas á morir en las Siete-Torres.

## IX

Todo sonreía á su fortuna, cuando su hijo mayor Moktar, á quien confiaba el gobierno durante su ausencia, exasperó su cólera y sospechas por su amor á una jóven y bella griega de Janina. Alejando este á su hijo so pretexto de mandar una expedicion para Tesalia, penetró por la noche en casa de su querida Eufrasina, abrumada de terror y la manda llevar cargada de cadenas, á los calabozos de su serrallo con otras quince jóvenes de las principales familias de la ciudad, que pasaban por tener relaciones criminales con sus hijos, precipitándolas al dia siguiente en el lago. La sangre de los griegos corrió además por torrentes en sus provincias; su mujer Eminé, se arroja á sus piés para implorar el indulto de los griegos inocentes, pero Alí la llena de improperios y tirando á la pared un pistoletazo, aterra de tal manera á su mujer que la misma noche murió. Esta vez sintió hondamente las consecuencias de su furor, no habiéndose perdonado nunca la muerte de la madre de sus hijos, primera autora de su fortuna.

## X

Dispensando políticamente su apoyo, unas veces al divan, otros á los genizaros, durante las largas luchas entre estos y el sultan, avanzó á las puertas de Andrinópolis con ochenta mil hombres. Mucho se temian ambos partidos, pero también él los temia, y así es que no quiso entrar en Constantinopla, contentándose con protestar de su constante fidelidad al trono, pero fortificando al mismo tiempo su capital, desde donde reinaba en la Grecia alternativamente contemplada y diezmada. A la menor señal, los jefes del Peloponeso que le parecian demasiado populares, caian bajo las balas ó yataganes de sus arnautas.

En medio del incendio de un pueblo griego, llamó y cautivó tanto su atencion una niña de doce años, llamada Vasiliké, que le suplicaba de rodillas salvase á su familia, que la hizo levantar, conducir á Janina, educar en su haren, casándose al fin con ella.

Tenia entónces unos sesenta años, pudiendo decirse que se hallaba en la cúspide de su fortuna. Una parte de sus tesoros, hábil y secretamente distribui-